

Un mérito de este libro es su contemporaneidad, pues aparece en un momento en el que la obra y la figura de Semmelweis va ganando atención por diversos motivos, tales como el ascenso de la llamada “medicina basada en la evidencia”, el peso de la bioestadística y la relevancia de los derechos de los pacientes, terrenos todos ellos en los que funciona la reconstrucción heroica de su caso. Véase la reciente traducción española del trabajo de Sherwin B. Nuland, originalmente aparecida en Estados Unidos en una serie dedicada a “los grandes descubrimientos”, *El enigma del doctor Ignác Semmelweis: fiebres de parto y gérmenes mortales* (2005. Barcelona: Antoni Bosch) y la reedición de una de las biografías clásicas de gran valor literario, la escrita, inicialmente como tesis doctoral, en 1924, y reeditada en los años 30 por Céline: *Semmelweis* (2009. Barcelona: Marbot).

Del conjunto de explicaciones surgidas para explicar el destino de Semmelweis han gozado de mayor relevancia los condicionantes psicológicos y sociales tales como su difícil carácter, sus fallos como publicista, su nacionalidad (húngaro en la capital del Imperio austriaco) junto con su participación en los acontecimientos revolucionarios de 1848. La historiografía y la filosofía de la ciencia han apuntado, además, a los obstáculos epistémicos encontrados en su tarea explicativa y preventiva. En esta línea, López Cerezo realiza un repaso prácticamente exhaustivo de los problemas tratados en la bibliografía contemporánea para concluir apuntando a una triangulación fallida de vectores epistémicos, por falta de coherencia teórica interna, y la ausencia de un vector no epistémico clave en el contexto socioprofesional.

La habitual alergia de la España académica por los *Subject Index* en sus ensayos y monografías se palia en este caso mediante un Glosario, que viene a ser un índice de materias filosóficas, de gran utilidad para los lectores no especializados, y unos Perfiles biográficos, a modo de índice onomástico ampliado, del que, sin duda, un despiste ha eliminado al señor Laennec. La bibliografía escogida es relevante, si bien se echan en falta algunos títulos valiosos, singularmente la biografía de Semmelweis, por el autor de referencia inexcusable en esta materia, que ya cuenta con dos ediciones (Carter, K. Codell & Barbara R. Carter. 2005. *Childbed fever*. New Brunswick: Transaction Publishers; la 1ª edición, de 1994, en Westport: Greenwood Press).

Esteban Rodríguez Ocaña  
 Universidad de Granada  
 erodrig@ugr.es

ALFREDO MARCOS. 2010. *Ciencia y acción: una filosofía práctica de la ciencia*. México: F.C.E.

La apariencia de este libro puede resultar engañosa, pues el pequeño y plausible formato de los brevarios del Fondo de Cultura Económica, que tan cómodos los hace, esconde en esta ocasión una obra de largo alcance. Alfredo Marcos nos ofrece en ella un diagnóstico de los males que han aquejado a la filosofía de la ciencia (principalmente su reclusión en el contexto de justificación, su perjudicial obsesión por la certeza y su desatención del mundo de la vida y lo individual) y la terapia que debe seguir para superarlos. Las dos partes en que se divide el volumen no se corresponden, sin em-

bargo, con esta doble tarea, sino que reúnen, respectivamente, la propuesta teórica general (bajo el título de “Bases históricas y filosóficas”) y una selección de sus posibles aplicaciones (“Nuevas dimensiones”) en distintos ámbitos: la comunicación de la ciencia, la política ambiental, la bioética y la informática. El final nos sorprende con el esbozo de una poética de la ciencia, centrada en el uso de la metáfora.

La constatación que da pie a Marcos para escribir este libro es que la filosofía de la ciencia ha estado durante décadas injustificadamente limitada, sobre todo por su insistencia en ceñirse a los problemas lógicos del conocimiento científico y en buscar no sólo la verdad, sino además la certeza, entendida como la seguridad (subjética, psicológica) de que el conocimiento que se tiene es verdadero. Esta contención ha provocado, según nuestro autor, que la reflexión filosófica sobre la ciencia abandonara el mundo de la vida, de lo particular, y se retirase al espacio de lo lógico, de lo universal, quedando así alejada de las preocupaciones cotidianas, de la *polis*. El remedio a esta constricción pasa por considerar que la ciencia es una acción y, por tanto, puede ser objeto de análisis morales, políticos, económicos, sociológicos,... La intención de Marcos es elaborar “una filosofía de la ciencia amplia, que atienda todas las dimensiones del fenómeno científico y muy especialmente los aspectos prácticos del mismo”. ¿Cómo? Utilizando fundamentalmente dos ideas: la de sistema y la de *phronesis* o prudencia. La primera la toma de Agazzi y le permite colocar la actividad científica fuera del ámbito estrictamente lógico, en relación ordenada con todas las demás actividades humanas; la segunda la extrae de Aristóteles y le sirve para otorgar a lo científico un lugar propio, que impida confundirlo con un producto humano más. Según nuestro autor, con sistema y prudencia es posible expandir el alcance de la ciencia y su filosofía más allá del redil neopositivista sin arrojarlas en los disolventes brazos del posmodernismo. Se trata, por tanto, de salvar las nociones de verdad y racionalidad, insistiendo en que, si la ciencia obedece a una razón, es a la práctica y, por ende, es en la práctica científica, imbricada con todas las demás prácticas vitales, donde la filosofía de la ciencia debe buscar su alimento. Esto es lo que, más al pormenor, como es natural, presenta la parte primera.

La segunda se describe como “una aplicación de las bases filosóficas obtenidas en la primera” a algunos de los campos de acción científica de la actualidad, en concreto a la divulgación de la ciencia, el medio ambiente, la investigación y la práctica clínicas, y las tecnologías de la información. Sin embargo, más que una aplicación de la teoría, esta otra mitad del volumen parece la ampliación de temas que Marcos reclama insistentemente a lo largo de su obra. Por dos razones: porque las bases filosóficas de la primera parte son eso, bases, y no herramientas o diseños definidos que puedan manejarse sin cambio en ámbitos diferentes; y porque, de hecho, lo que se hace ahí es justamente plantear algunos de los nuevos problemas a los que la filosofía de la ciencia debe hacer frente, sin aplicar una receta para resolverlos. Esto último, por lo demás plenamente coherente con las posiciones esbozadas en la parte primera, es lo que aporta al libro su mayor frescura y, posiblemente, su porción más amena y jugosa para quienes no estén versados en la disciplina.

Paradojas de esta suerte, que no son más que el resultado de una continua navegación entre diversas Escilas y Caribdis, jalonan todo el recorrido del libro. A él podría

dedicarse el verso de Hölderlin tan querido por Heidegger y por el propio Marcos, pues sus peligros constituyen también la fuente de su salvación. Así, la perspectiva lejana, la generalidad con la que se abordan los problemas, puede dejar insatisfechas a muchas de las personas que busquen discusiones de detalle, pero constituirá una virtud preciosa para quienes requieran una visión de conjunto de la filosofía de la ciencia.

Lo mismo ocurre con la abundancia de temas que se abordan, desde el lugar del neopositivismo hasta la filosofía de la informática y la bioética, pasando por el realismo, el relativismo, la verdad, la racionalidad o la creatividad. Habrá lectores que se sientan defraudados por la brevedad con la que se abordan cuestiones tan numerosas y de tanto calado. Sin embargo, eso mismo será agradecido por quienes pretendan alguna orientación sobre las relaciones generales entre tan variados asuntos.

Quizá el mayor peligro de este trabajo es la impresión de falta de novedad que seguramente suscitará entre su público más versado. Marcos se apoya explícita y decididamente en la razón práctica de Kant, en la noción habermasiana de mundo de la vida y en el falibilismo de Popper y Peirce. Pero además el acopio de los lastres de la “tradicción heredada” es digno de la mejor literatura CTS; la jubilación del ideal neopositivista se realiza con entusiasmo posmoderno; el giro hacia lo particular y lo vital se da de forma muy parecida a la de Ortega y algunos de sus contemporáneos alemanes y franceses; hablar de los subsistemas político, económico, educativo o militar recuerda a Echeverría y otros autores; ... incluso la propuesta de la noción de prudencia como ruta alternativa al logicismo y al constructivismo sociologista concuerda con la lanzada por el que suscribe hace unos años (*Las ciencias y el origen de los valores*, Siglo XXI). Sin embargo, la propia ausencia de novedad radical es la que transmite una agradable sensación de solidez, de transitar confiadamente por un camino bien asentado por el paso de otros transeúntes. De esta forma, el libro despierta la simpatía de sus lectores iniciados a la vez que resulta inusualmente ilustrativo para los novicios, pues transmite fiel y tempestivamente el aroma que en estos días transpira la disciplina.

También la inconcreción de las propuestas teóricas de *Ciencia y acción* puede verse como una tara. En efecto, no se acaba de definir una alternativa a los puntos de vista que se critican; ni siquiera se describe el sistema que, según parece, debe ser la base para la construcción de una filosofía de la ciencia ampliada. Pero tal apertura es también una virtud: la diversidad de ámbitos y circunstancias de las tecnociencias, junto con el propio carácter prudencial que, según se declara, debe tener la resolución de los problemas tecnocientíficos, impiden la aplicación mecánica de recetas y modelos fijos. Se cambia el *prêt à porter*, que nos permite ver las prendas ya acabadas, por el patrón y la tela que deben convertirnos en sastres de nuestras propias posiciones filosóficas. No queda más remedio: la alternativa prudencial aboca a esta inconcreción, pues el recurso a la *phronesis*, frente al análisis lógico y el sociologismo, exige abordar cada caso separadamente, sin fórmulas preestablecidas y sin cálculos automáticos. Lo que nos valga para analizar la comunicación de la ciencia puede no servirnos estudiar la investigación clínica, por ejemplo.

¿Cómo es posible armonizar lo concreto que necesita la prudencia con la generalidad y estabilidad que requiere el sistema? Esta contradicción es otro de los escollos que amenazan la propuesta de Marcos. Sistema y prudencia parecen dos alternativas,

más que dos complementos. La tensión entre ambos queda sin resolver en el libro, pero anima el relato y, posiblemente, también la propia acción científica.

Otro peligro de la filosofía de la ciencia ampliada es que está muy cerca de dejar de ser filosofía de la ciencia y convertirse directamente en filosofía política, o en política sin más, o en teoría de la comunicación o en ética o en informática. Este problema disciplinar refleja un problema real, que es separar lo científico de lo que no lo es. Para eso podría servir la prudencia, pero advirtiendo que ella no constituye el criterio de científicidad, sino la virtud que hace posible deliberar combinando lo científico con lo que no lo es y, por tanto, la que da capacidad a la persona que la posee para distinguirlos. Ahora bien, es muy probable que su aproximación a otras disciplinas constituya para la filosofía de la ciencia la salvación del posmodernismo y, desde luego, el alejamiento decidido del marco empirista lógico. Hacer ética, política o publicidad cuando se cultiva la filosofía de la ciencia parecerá confusión a parte del público, pero es también la manera de traspasar los límites tradicionales de la disciplina para seguir avanzando en pos de la propia acción científica. Y, además, es lo que casi todo el mundo hace, desde que sabemos que la ciencia es algo más que conocimiento puro.

Nos queda, en este análisis de los aspectos a la vez peligrosos y salvíficos del libro, la independencia de sus partes. El propio Marcos reconoce que cada una de las secciones puede abordarse por separado. Esto, que agradecerá la lectora ocupada, molestará a la paciente, que tendrá que vérselas no tanto con las redundancias que anuncia el autor, cuanto con la ausencia del sistema que sin embargo se predica necesario para el avance de la filosofía de la ciencia.

En suma, *Ciencia y acción* constituye un retrato expresionista de la filosofía de la ciencia actual y una propuesta para su ensanchamiento y mejora. Su lectura es amena y su escritura, más fluida y cuidada de lo habitual en el género. Cualquier persona interesada en los problemas generales de la filosofía de la ciencia sacará provecho de sus páginas, pero seguramente sus destinatarios ideales son lectores con cierto conocimiento de la disciplina que aún no han profundizado demasiado en ella. Su inclusión en la bibliografía de programas de cursos de grado o de máster parece, pues, muy recomendable.

Armando Menéndez Viso  
 Universidad de Oviedo  
 amv@uniovi.es

D. H. MELLOR. 2005 *Probability: A Philosophical Introduction*. New York/Abingdon: Routledge.

This is a wonderful book, and a very good example of analytical philosophy of science at its best. It has been marketed as a textbook, and it serves the purpose admirably, particularly for postgraduate and advanced undergraduate courses in both science and philosophy of science. But its ambition goes well beyond a mere textbook. Over ten chapters a particular view in the philosophy of probability gradually develops in painstaking detail. And it turns out to be a remarkably subtle, rich and nuanced view. As the